

Brecha – 27/setiembre/1996
Contratapa

JUAN JOSÉ CROTTOGINI

LAS LECCIONES DE UN COMBATIENTE SERENO

Juan José Crottogini acaba de fallecer, el viernes 20, a los 88 años. Lo sabemos: la muerte es un hecho natural. Pese a todos los consuelos: vivió una hermosa y larga vida, dueño de sí hasta el final, no sufrió invalidez ni mutilación alguna, no podemos dejar de confesar, abiertamente, pesares y tristezas por su muerte.

Tampoco podemos recurrir a la negación: un pilar formidable en el sostén de nuestra sociedad no nos dará más su generoso apoyo. Cuántas cosas esenciales mantuvieron permanencia durante su vida, al amparo de su humanidad. Tiempo vendrá en que celebraremos —con alegría— su existencia.

Había venido desde su Fray Bentos natal —por la cual guardó inalterable sentimiento filial— a estudiar medicina. En anécdota que ambos gustaban relatar, su encuentro premonitorio con Mario Cassinoni —compañero entrañable de tantas jornadas universitarias— en el ferrocarril.

Inició su carrera docente muy joven en la Facultad de Medicina como ayudante de Anatomía Patológica —en 1932, a los 24 años— y luego orientó su actividad profesional al campo de la ginecología. Obtuvo, por sendos concursos de pruebas, los cargos de jefe de Clínica Ginecológica y Obstétrica. Luego, el de profesor agregado —en un concurso memorable ante distinguidísimos aspirantes, en 1945— y por fin, la nominación como profesor titular, cuestión que aconteció en el año 1946, cuando contaba sólo 38 años de edad.

Su aptitud didáctica natural, su calidad expositiva, su capacidad para ordenar, jerarquizar y resumir, su habilidad para ilustrar las nociones clínico-patológicas mediante el dibujo y el esquema, su notable destreza quirúrgica, su impulso al estudio de los problemas científicos de su especialidad, su visión del progreso de la disciplina, la realización de filmes y demostraciones de técnicas operatorias mediante recursos audiovisuales de vanguardia, todo ello no constituye sino una parte de su notable contribución al desarrollo académico de la especialidad. Esta había contado en nuestro país con distinguidísimos maestros, por los cuales Crottogini sentía el orgullo de ser discípulo, a la vez que experimentaba vivamente el desafío de llevar sus logros a niveles más elevados, acordes al progreso científico de los nuevos tiempos.

Su obra científica es vasta e importantísima, en ejemplar continuidad, llega hasta el presente. Numerosos artículos, presentaciones en congresos nacionales e internacionales, libros, ilustraciones fílmicas, son —todos-- expresión de una competencia y de una fecundidad indiscutibles.

Otra parte no menos importante de su vida académica es su atención y dedicación a los problemas universitarios. Fue consejero de la Facultad de Medicina en representación del orden docente, y luego decano de la misma por un período de cinco

años (1958-1963). Ulteriormente, sustituyó a su amigo personal —el rector Mario Cassinoni— en el Rectorado de la Universidad, por un breve período (1964-66).

En toda su actuación de gobierno se puso de manifiesto su visión de la Universidad, su consustanciación con los fines esenciales, la armonización de la preservación de las mejores tradiciones con el avance y los cambios positivos de su estructura y su orientación.

Su obra de gobierno en la Facultad de Medicina contó con el reconocimiento de todos. Fue siempre sólido y concreto, buscando consolidar —con pragmatismo válido— los avances y progresos que había alentado Cassinoni en su gestión. Contribuyó mucho a afianzar el desarrollo del Hospital de Clínicas e impulsó al desarrollo de la administración hospitalaria en nuestro medio, aprovechando la presencia del profesor Guillermo Almenara, entonces director del hospital.

Su gestión en el Rectorado de la Universidad fue más breve de lo deseado —seguramente— y ello se debió a su intransigencia frente a actitudes que reñían con la preservación de valores de convivencia que han demostrado ser esenciales.

En todos los ámbitos en que actuó, Crottogini fue un maestro. Su aptitud didáctica era natural, la racionalidad de su exposición, la facilidad para acceder a lo sustancial, su capacidad singular de sistematizar, de ordenar, de jerarquizar y de sintetizar hicieron de él un docente excepcional.

Tras ello, menos visible quizás, una proverbial habilidad para convocar oportunamente el conocimiento necesario. Hace 50 años, tras su brillante concurso de oposición para acceder al cargo de profesor adjunto, un miembro del tribunal que muy bien le conocía, describía admirativamente el modo de funcionar de su intelecto, reconociendo en él formas que hoy servirían para ilustrar la operación de un ordenador.

Todo esto fue reconocido y apreciado entre nosotros y en el ámbito internacional. Su brillo académico lo hizo también una figura de relieve continental. Es así como fue reconocido por la Federación Latinoamericana de Sociedades de Ginecología Latinoamericana, en 1984, en el congreso celebrado en Santo Domingo.

Cuando el centro de gravedad de sus ocupaciones fue pasando de la esfera académica a la política llevó allí —¿cómo podía no hacerlo?— el estilo de su magisterio. Nunca había sido, en el sentido partidario, un militante político, aunque siempre poseyó convicciones sólidamente cimentadas.

Tuvo actuación gremial en la Asociación de los Estudiantes de Medicina, en el Sindicato Médico del Uruguay, actuando en épocas particularmente decisivas para la consolidación de un perfil social del gremio médico con el cual se sintió siempre muy consustanciado.

En épocas de definiciones ineludibles fue requerido por el Frente Amplio —entonces en gestación— para la acción pública. Muy poco tiempo después, la euforia de los inicios enfrentó las inclemencias de un régimen dictatorial. Asumió responsabilidades ciudadanas en circunstancias más que riesgosas y lo hizo con la valentía y la sabiduría que lo caracterizaron.

Muy por encima de toda valoración limitada a lo partidario, los mismos que aún no han advertido su partida reconocerán, como lo hace la ciudadanía entera, el valor personal de su militancia política, el compromiso indeclinable y ejemplar con la República y la democracia.

La pasión contenida fue un rasgo de su carácter. La capacidad de transformar esa pasión en acción fue parte de su sabiduría. La ecuanimidad hizo de él árbitro y consejero.

La actuación política le deparó, también, honores sufridos. Constituida la Academia Nacional de Medicina, el nombre de Crottogini surgió, naturalmente, como el de uno de sus integrantes obligados. Sin embargo, la intromisión impúdica de la dictadura en todos los aspectos de la vida del país determinó que la cortedad de sus colegas de la Academia les impidiera incorporarlo al lugar que, por derecho natural, le correspondía. Cuando, recuperada la institucionalidad, le ofrecieron su puesto en la Academia, él —en ejercicio natural e implacable de una constante en su conducta, la dignidad— lo rechazó.

Si para su formidable docencia académica contó con el apoyo de la palabra, construyendo un discurso lógico y pleno de sustancia, su accionar estuvo siempre —en todos los planos— indisolublemente asociado a una docencia ética inmanente. Esta no fue verbal —poco cuenta decir lo que hay que hacer cuando no se hace— sino que fue ejercida en la acción, en las respuestas impecables que siempre dio con sus actos de conducta.

Una larga vida asociada a una larga secuencia de comportamientos, siempre en una misma tonalidad, en un ceñido encuadre de lo digno, lo justo y lo correcto. Así contribuyó socialmente a ambientar una cultura y configuró, en su trayectoria personal, una bellísima monotonía de la decencia.

Dio lecciones menores, porque es lección ser el primero en llegar, atender toda la reunión —superando frío y hastío—, votar en minoría, cuando es preciso que el voto exprese convicción irreductible.

Y siempre dio, también, memorables lecciones mayores. En el ejercicio profesional y en su cátedra —respeto humano por la paciente, cualquiera fuera su condición, observancia celosa de la ética—, en el gobierno universitario y en su actuación política. Actuó permanentemente con firmeza sin altisonancias que delataran la pasión subyacente. Hablaba suave, sin levantar la voz, pero era implacable e intransigente en toda circunstancia en que la decencia es quien impide transigir. Tenía una agudeza y una sensibilidad especial para detectar y prevenir la transgresión.

Alguna vez debe haber reflexionado sobre las disimetrías antagónicas de la duración de la vida humana. Demasiado corta para apreciar transformaciones en el orden social que razones de justicia reclaman con una urgencia que, sin embargo, se resuelve con desesperante lentitud. Suficientemente larga, en cambio, para apreciar el naufragio de estilos y valores que no deberían caducar.

Siempre sereno, nunca perdió perspectiva en la mirada y mantuvo su combate hasta el final.

Lo que serían medidas tradicionales del valor no fueron para él sino una referencia notarial. Dan fe de lo que ciertamente fue, pero muy poco dicen de cómo los fue y es allí donde está lo esencial.

Repasemos, por fin, su biografía. Un joven venido de Fray Bentos para estudiar medicina, proveniente de un hogar modesto y ejemplar, se pagó los estudios trabajando. Tenía una inteligencia superior que disciplinó y fortaleció cada día. Se fue haciendo, con naturalidad, maestro y sabio, por todos reconocido. Por sus dotes de ecuanimidad y talento, lo obligaron a dirigir los destinos de su entrañable casa universitaria, de la que fue hijo devoto y en donde enseñó permanentemente.

Su sensibilidad humana y social lo llevaron a luchar por ideas y valores en circunstancias críticas de la sociedad y el país. Las bombas que el enemigo estalló en las puertas de su casa no alteraron su rumbo. Durante la dictadura fue libre y conspirativo en el silencio y en la presencia imprescindible, valiente, indeclinable.

Si las hazañas de su talento no se pueden imitar, las silenciosas lecciones de su conducta son mandato y compromiso al alcance de todos.

A la hora de su muerte, hay quizás una sola forma de honrarlo: cultivar tenazmente la siembra de su conducta.

Pablo Carlevaro